

Barba Azul: el monstruo y el interdicto

Blanca Álvarez*

En Barba Azul subyacen dos temas: la fuerza del interdicto como origen de toda civilización; y la diferenciación sexual de los seres humanos y la búsqueda de una unidad original. En el cuento es la propia prohibición la que atrae y concentra todo el interés de la joven esposa. Y en la historia de la civilización humana, todo avance se ha producido por esa tentación de romper los interdictos. Lo prohibido es uno de los motores de los cambios de la humanidad.



GUSTAVO DORÉ, «BARBA AZUL» EN LOS CUENTOS DE CHARLES PERRAULT, EDHASA, 2003.

Somos hijos de la historia heredada y perpetuada a través de relatos «escritos» dueños de la versión oficial que fijaba, en forma de mitos y personajes, la trascendencia de los miedos y esperanzas humanas.

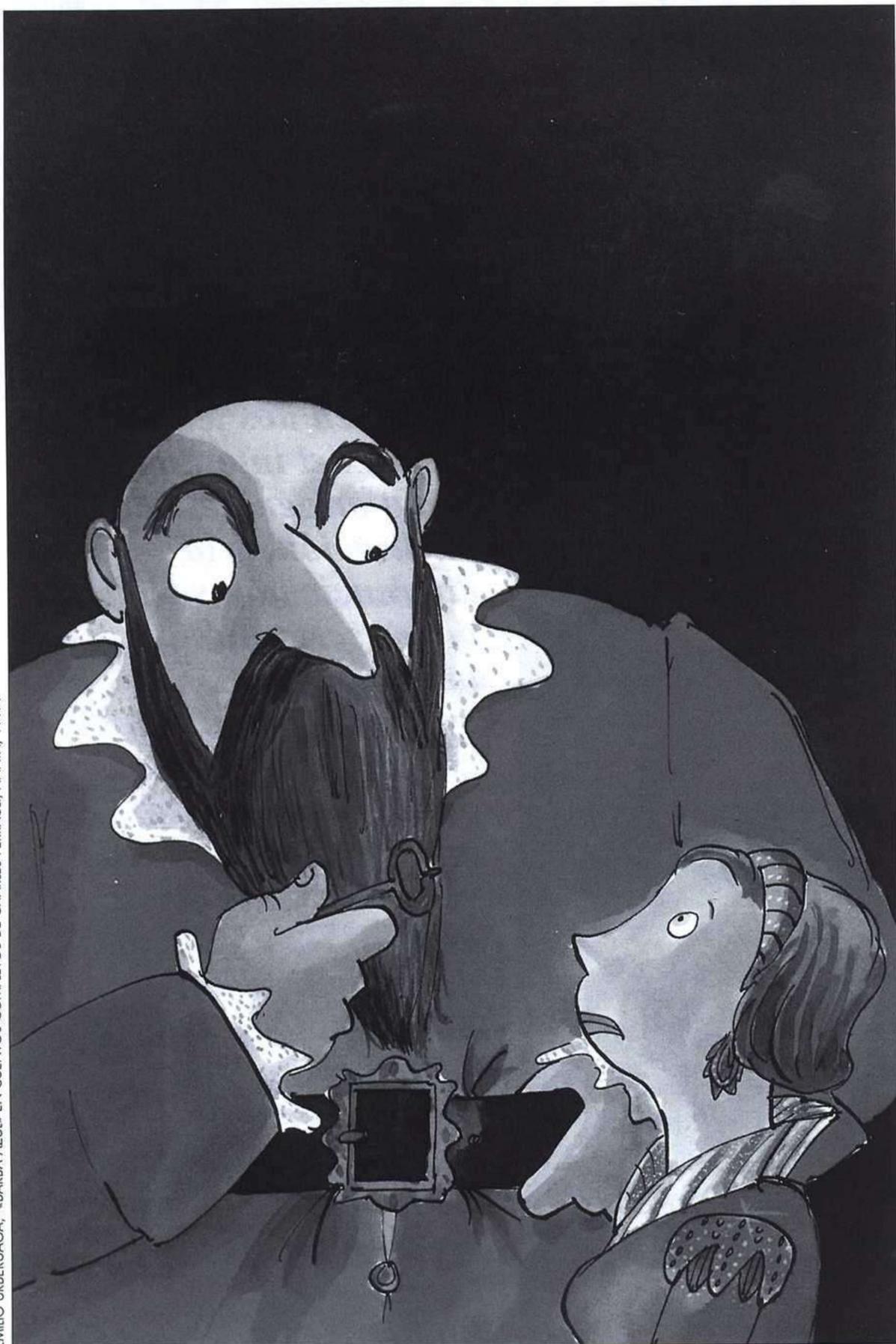
Para quienes no accedían a la literatura escrita, quedaba el recurso de la oralidad. Y en esos relatos transmitidos de generación en generación, traspasando fronteras y añadiendo, limando, ampliando y versionando la primera exé-

sis, de un modo u otro, además de dar vida a los problemas de los antihéroes literarios, también habitaban, casi con idéntica exactitud, los mismos mitos y personajes que conformaban la oficialidad. El hombre encuentra, de distintos modos, el mismo camino para explicarse a sí mismo y al mundo y las historias, todas las historias, han nacido con ese fin interpretativo.

Los primeros nos han llegado fijados e imperturbables, los otros, mutilados o pervertidos, despojados de su carga emotiva y brutal inicial, adaptados a las necesidades, modas y corrección moral de la época en que fueron redescubiertos y trasladados a los salones de la literatura oficial. Los más de ellos descafeinados, maquillados para adaptarse a la estética correcta; otros olvidados. Alguno con toda la explícita necesidad de ser arrinconados por «incómodos». *Barba Azul* se encuentra entre estos últimos, por más que se intente «adaptarlo», la fuerza de profundas raíces, las mismas que han dado forma a nuestra cultura, no logra convertirlo en algo asimilable por aquellos lectores, los niños, a quienes hemos convertido en exclusivos herederos de nuestra más rica tradición narrativa. O mejor sería decir, por los adultos que nos veríamos forzados a interpretar todas las preguntas que surgirían de su lectura.

En la recopilación de Perrault no se encuentra un solo relato concreto de donde entresacar el drama; la tradición de la malvada curiosidad femenina es uno de los más viejos recursos literarios; curiosidad que causa desgracia y cuya encarnación lleva desde Eva, símbolo del pecado en la cultura judeocristiana, hasta Pandora, según Juan Eduardo Cirlot, símbolo de la tentación perversa a la que son expuestos los seres humanos. Y en *Las mil y una noches*, puede verse toda una antología de recursos para expresar la misma tradición: habitaciones prohibidas, manchas indelebles... La mano del recopilador francés deja patente la herencia manierista de su siglo: ni la justificación del tabú impuesto a la mujer ni su salvación posterior forman parte de las tradiciones orales de que proviene el relato.

De cualquier modo, la «curiosidad» de la joven nunca será una curiosidad



EMILIO URBERUAGA, «BARBA AZUL» EN CUENTOS COMPLETOS DE CHARLES PERRAULT, ANAYA, 1997.

«aséptica», sino una curiosidad erótica: conocer el sexo. Y tal perversión había sido históricamente «castigada» por el marido. Resulta interesante comprobar que en pleno apogeo del Renacimiento, pintores como Miguel Ángel, o al menos el taller del Maestro, pintaban, por encargo, arcones de novia donde se recordaba a la joven esposa el castigo —curiosamente el degollamiento—, que le esperaba en caso de infidelidad, es decir, de curiosidad sexual, puesto que el matrimonio por entonces no proveía a las mujeres de sexo sino de maternidad y respetabilidad social.

Se salve o no la joven y curiosa esposa; sea castigado el monstruo o permanezca impune, la historia recorre el espinazo del lector. Puede decirse que en su interior subyacen dos temas principales: la fuerza del interdicto como origen de toda civilización; y la diferenciación sexual de los seres humanos y la búsqueda de una unidad original.

El interdicto: origen del paraíso perdido

En el relato que nos ocupa, un hombre rico busca esposa logrando convencer a una nueva candidata para que acepte, tras comprobar ésta el grado de riqueza oficiado. Es interesante observar que el hombre no elige directamente a una muchacha: «Una de sus vecinas, dama de calidad, tenía dos hijas sumamente hermosas. Él le pidió una en matrimonio y dejó a su elección que le diera la que quisiera». Busca «una» esposa, no «la» esposa. A quien acepta, como compensación, le regala el acceso a todos sus tesoros con una sola prohibición: «Éstas son las llaves de los dos grandes guardamuebles; éstas, las de la vajilla de oro y plata; éstas... En cuanto a esta llavecita, es la del gabinete del fondo de la gran galería del piso de abajo: abrid todo, andad por donde queráis, pero os prohíbo entrar en ese pequeño gabinete...». La riqueza ofrecida esconde un precio: la intimidad del otro, el jardín privado a donde no debe acceder. En este caso, el castigo no tendrá su causa en el hecho de buscar el conocimiento sexual fuera sino dentro del matrimonio.

En los mitos fundacionales de todas



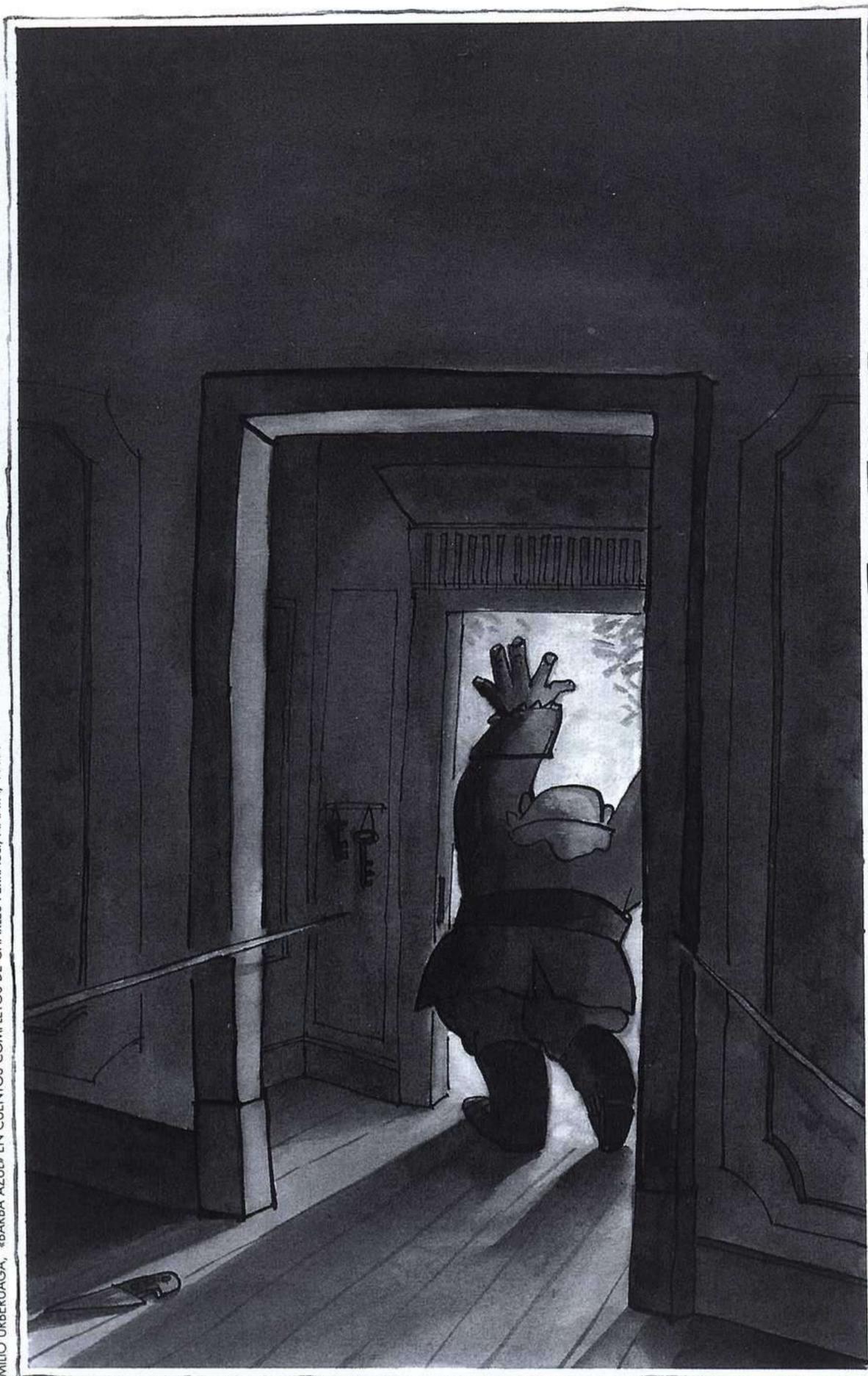
IGNASI BLANCH, BARBAZUL, LA GALERA, 1998.

las culturas, existe un Dios —o varios—, generoso con sus criaturas que les regala el mundo creado por Él y un estado de felicidad indefinida... A cambio de una prueba que suele estar vinculada a un peligro o una prohibición. En el caso occidental se trata de un interdicto: jamás probar el fruto prohibido. Y los mitos sagrados traspasan su fascinación religiosa para integrarse en la vida cotidiana de las gentes: la prohibición forma parte del principio del mundo «civilizado». Aunque colea hasta nuestros días, tuvo momentos de mayor auge y en el origen de *Barba Azul* su esplendor no debía de estar lejos.

El interdicto que Dios impone al hombre en el mito del paraíso judeocristiano se refiere al fruto del árbol de la Ciencia, es decir, se prohíbe «el conocimiento».

Se equipara la pureza con la ignorancia. Lo bueno se concentra en la inocencia ignorante, en el hombre que se deja guiar por Dios y no muestra interés por «saber». En el relato bíblico, el candor es asunto masculino; el deseo de conocer, de pecar, se traslada al sexo femenino: Eva desea saber qué oculta el fruto y quiere que también Adán la acompañe en ese viaje. A causa del incumplimiento, son expulsados y de nada sirve el arrepentimiento: ellos y sus descendientes heredarán el pecado. En cierta medida, la prohibición, al menos en posteriores interpretaciones, se ligó al conocimiento del sexo, de ahí que sólo tras comer el fruto se hable de hijos. También se concentra el castigo femenino en el parto doloroso de esos futuros hijos engendrados por la ruptura del pacto con la divinidad.

EMILIO URBERUAGA, «BARBA AZUL» EN CUENTOS COMPLETOS DE CHARLES PERRAULT, ANAYA, 1997.



No deja de ser curioso que en los cuentos tradicionales los nacimientos de las futuras princesas tengan lugar de manera casi mágica, «inocente», sin sexo.

La inocencia, el desconocimiento, se asimila con la felicidad, con la edad de oro del ser humano; y el papel de la mujer en la infelicidad posterior supuso

una prolongada tradición de persecución al sexo «culpable» de la expulsión, pasando en el medioevo europeo a ser el centro de todo lo pecaminoso, contaminado y perverso que cabía en el ser humano. Fijemos la atención en la moraleja que Perrault añade como colofón de esta historia:

«Es la curiosidad una manía
Que, pese a su atractivo y apariencia,
Cuesta muchos disgustos con frecuencia...
Es, pese a las mujeres, un placer
Ligero y hartos avaro...».

Pero es la propia prohibición la que atrae y concentra todo el interés de la joven esposa: «Al llegar al gabinete, se detuvo un rato, pensando en la prohibición que su marido le había hecho, y considerando que podría sucederle alguna desgracia por ser desobediente; pero la tentación era tan fuerte, que no pudo resistirla». Y en la historia de la civilización humana, todo avance se ha producido por esa tentación de romper los interdictos. Tal vez sean dos los motores que provocan los cambios de la humanidad: el hambre, para la cual el necesario aguzar el ingenio, y lo prohibido, capaz de atraer con la misma fuerza que se teme el castigo.

La curiosidad nunca fue bien vista por las normas religiosas y si, además, resulta femenina, se asimila a treta diabólica por excelencia. Y es castigada: hogueras para las brujas o degollamientos para las curiosas esposas anteriores de Barba Azul que, en el relato adquiere la fiera del Dios bíblico: generoso en sus dones, terrible en sus castigos.

La búsqueda de la unidad sexual

El relato de *Barba Azul* y sus esposas asesinadas quedaría incompleto sin analizar la enorme carga erótica que esconde. Para comenzar, el propio personaje es «original» en su idiosincrasia: «... por desgracia, aquel hombre tenía la barba azul: aquello le hacía tan feo y tan terrible, que no había mujer ni joven que no huyera de él».

Su barba esconde un atributo sexual

diferenciador: el monstruo, por castigo mágico o por pura demostración exterior de su fuerte carga de lujuria interior, como en el caso de los faunos. Y el monstruo, a la par que provoca miedo, provoca, de nuevo, curiosidad en ellas, o sea, búsqueda de una respuesta erótica. Aunque se añade, para tranquilizar al lector, una inmensa riqueza que el endriago ofrece para compensar su aspecto. También para disimular el atractivo que ejerce su «diferencia» en las muchachas. Recordemos el más moderno relato de *La Bella y la Bestia*: no resulta correcto que una muchacha «desea», pero sí que se acomode a lo que de ella se espera, es decir buscar un marido proveedor, y será mejor o peor proveedor en función de su belleza y su bondad en la aceptación.

La joven esposa «conoce» la existencia de esposas anteriores: «... se había casado ya con varias mujeres y no se sabía qué había sido de ellas». De donde se deduce que no es él quien oculta su pasado, es más, le ofrece el silencio sobre ese pasado que tiñe su diferencia y su riqueza de misterio. El misterio erótico que supone siempre el otro, el ser diferente.

A este elemento masculino de «perversión simbólica», se añade el interés de la joven por abarcar ese secreto.

El marido *añade* a la joven esposa una prueba: la llave. Tal vez intente probarla y averiguar si «ella» puede ser la elegida, es decir, esa parte de uno mismo dividida por los dioses en la tradición griega, recogida en *El banquete* de Platón y que también formó parte del sustrato cultural occidental, si bien de manera difusa y bordeando la prohibición. Las esposas anteriores no habían superado la prueba y sus cuerpos formaban parte de un banquete no realizado.

Devorar al otro también forma parte del amor humano: del amor filial en los juegos de falsos mordiscos; del juego de los amantes que, en metáfora casi literal, se devoran en el acto sexual. Por ende, la figura del ogro que en gran medida representa Barba Azul, devorador de carne humana, se convierte en la quintaesencia de la perversión del amante que lleva al límite y al exceso el juego antropofágico de los amantes.

Tal vez la clave del «olvido» de este



GUSTAVO DORÉ, «BARBA AZUL» EN LOS CUENTOS DE CHARLES PERRAULT, EDHASA, 2003.

relato se encuentre en lo muy explícito de su carga erótica, a la que difícilmente puede escapar por mucho que se trate de edulcorar.

¿Son realmente las riquezas las que inclinan a la joven al matrimonio, o pesa más en su decisión el encuentro con alguien sexualmente poderoso y diferente a cuanto conoce? Sospechando el fin que han tenido sus anteriores esposas, ¿busca ella, en cierta manera, ser devorada por el monstruo?

Es muy posible que el final de la historia se deba a una pura injerencia del recopilador, Perrault, y que no formara parte de las versiones orales originales, sobre todo porque muchos elementos aparecen y desaparecen en las diferentes versiones.

Al ser descubierta —recordemos que «la llave estaba encantada», es decir, era una prolongación del dueño—, la joven esposa reclama un tiempo de clemencia: «... hermosa y afligida como estaba, hubiera enternecido a una roca..., dadme

un poco de tiempo para encomendarme a Dios». En los relatos de *Las mil y una noches*, el condenado hubiera solicitado un tiempo para dejar arreglados sus asuntos mundanos. Tiempo de espera para que sus hermanos lleguen a tiempo de salvarla: un dato curioso es que éstos forman parte de cuerpos militares —el uno dragón y el otro mosquetero—, lo cual los ubica en la legalidad de su ajusticiamiento. Los hermanos terminan con el esposo y la joven esposa es recompensada, como en el relato de *Bella*, al heredar todos los bienes del monstruo. Parte de la herencia la utilizó, como no, «... en casarse con un hombre muy cortés y bien criado...».

¿Acaso podría resultar conveniente para las jóvenes casaderas, antes de acceder a la tranquila vida matrimonial, un recorrido por los bosques prohibidos donde los faunos ofrecen su monstruosa lujuria para las siestas de las ninfas? ■

*Blanca Álvarez es escritora y periodista.